

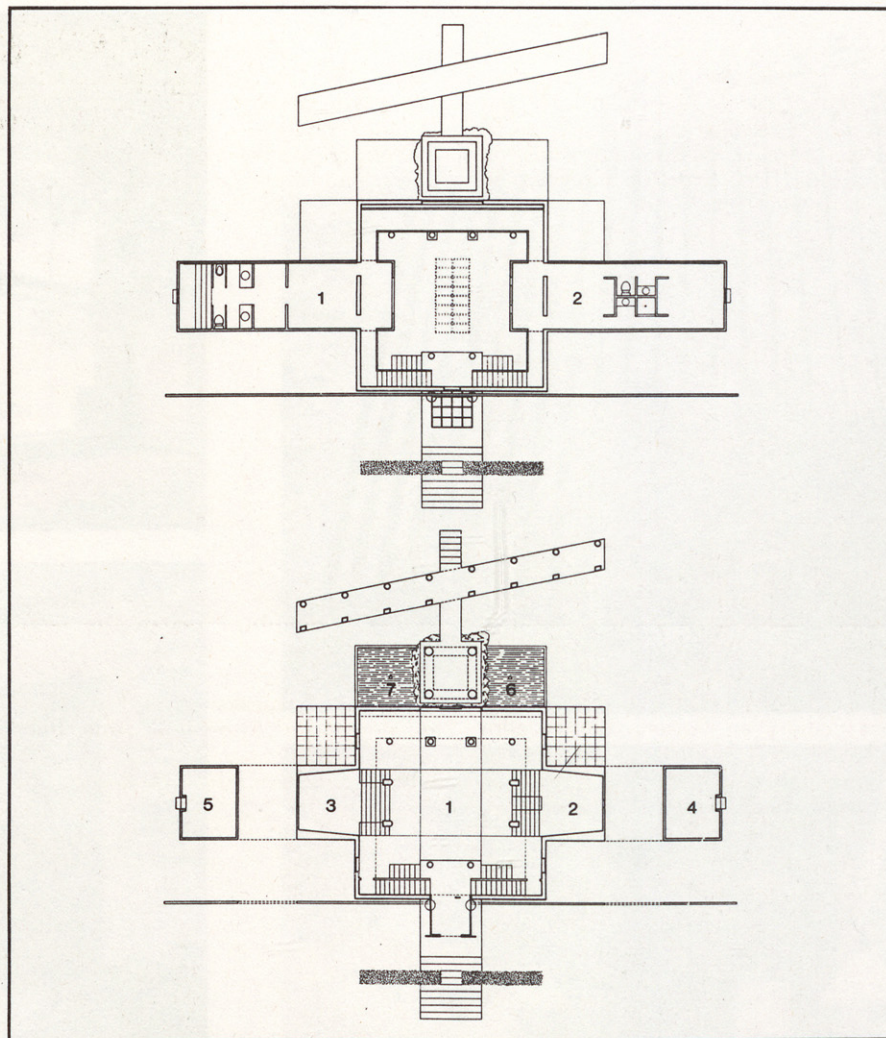
GANDELSONAS, EN MADRID

Primero fue Meier, o la forma exquisita. Luego Eisenman, o la razón incontaminada. Por fin —*last, but not least*—, Gandelsonas, cerrando el ciclo de arquitectos americanos organizado por la Cátedra de Proyectos 1.

El salón de actos de la ETSAM, abarrotado de alumnos deseosos de iniciarse en los secretos del postmodernismo, fue el escenario de su primera conferencia.

La Villette, Roosevelt Island y, sobre todo, el edificio clasificador de cuerpos, manifiesto irónico, desenfadado y erudito, sirvieron de polémico comienzo, primera toma de contacto con un auditorio que se debatía entre el asombro, la fascinación y el desconcierto. En el Escorial, segundo round, de carácter bien distinto. Media entrada, a causa de la distancia y la coincidencia con partido de europeo. Y un brillante, esclarecedor análisis del debate americano entre neo-realistas y neo-racionalistas, centrado en las figuras de Venturi y Eisenman. Exposición convincente, con buen aparato crítico y rigor intelectual, del Mario Gandelsonas de *Oppositions*, siempre buscando el conocimiento como soporte de sus decisiones formales.

La tercera conferencia, en el Paraninfo de San Carlos, estuvo dedicada a sus proyectos *construibles*: los edificios de Buenos Aires, las tiendas y, especialmente, la casa de Punta del Este, agotadora superposición de referencias áulicas, ejercicio repleto de alusiones históricas. Era Gandelsonas-arquitecto, en polémica contraposición con la cálida brillantez formal de Meier y el frío distanciamiento lógico de Eisenman. Dificultades administrativas de última hora impidieron la celebración del debate en el sitio previsto. Las escalinatas del Palacio de Cristal, el lago romántico y el cielo del Retiro sirvieron de improvisado escenario, para asombro y regocijo de pasantes ocasionales, viejas damas, niños en bicicleta y adictos al jogging,



fascinados ante el insólito espectáculo.

Se contaba con el atractivo adicional de la presencia de Moneo, que abrió fuego con ánimo de despertar el diálogo. Pronto, el debate dejó de serlo, convertido en floreteo dialéctico para iniciados. La inmensa mayoría de los asistentes, alumnos de la Escuela, quedaron frustrados ante una discusión superintelectualizada, una serie de disquisiciones inaccesibles, propias de un número monográfico del CSIC. Quizá sea el sino ineludible de toda confrontación entre pesos pesados

y pesos mosca. (El diálogo entre el que sabe y el que no sabe se llama enseñanza.) En cualquier caso, lo previsto con carácter básicamente didáctico quedó convertido en cenáculo erudito. Faltaba conocer al profesor, al miembro del IAUS. La mañana siguiente, en la cátedra de Proyectos I, ante los ejercicios pinchados en la pared, nada quedaba del distante ponente del Retiro. La sintonía alumno-con-ganas-de-aprender profesor-con-algo-que-decir se había restablecido sobre las bases de un lenguaje común. Críticas serias, profundas,

razonadas. Un análisis meditado, sin recurrir a la *boutade* brillante o la improvisación, cerró la estancia de Gandelsonas en Madrid, dejándonos el buen sabor de haber aprendido algo.

¿Cabría, ahora, hacer balance provisional de todo el ciclo? ¿Podemos, ya, estudiar las repercusiones de las visitas de Richard Meier, Peter Eisenman y Mario Gandelsonas a la Escuela? Por de pronto, hay polémica, que no es poco, y críticas para todos los gustos: *patrióticas* (¡habiendo tan buenos arquitectos en España!), *económicas* (de dónde habrán sacado los millones para traerlos...), *académicas* (¡en mayo, desorganizando todo el curso!), *ortodoxas* (panda de frívolos... confusionistas... antipedagógicos), sin olvidar a quienes, más interesados en *procesos* que en resultados, menos atentos a la arquitectura en sí que a sus prolegómenos históricos, políticos, sociológicos... calificaron estos actos de *escapistas*. La crítica ideológica (que fácilmente desemboca en proceso a las intenciones) no acepta el análisis de los objetos arquitectónicos aislados, como realidad suficiente. En el fondo, lo que se niega es la consideración de la arquitectura como ciencia. Nada hay generalizable y ninguna conclusión —dicen— puede sacarse de la pura acumulación de datos inconexos.

Para los que pensamos que, en estos momentos, enseñar dogmas es mentir, que la duda es buen punto de partida, que no hay un camino hecho, sino variedad de aproximaciones igualmente válidas y, sobre todo, que urge y es imprescindible sacudir el bostezante letargo cultural de la Escuela, el ciclo ha dejado un evidente saldo positivo. ¿Escapismo? En un mundo de fugitivos, escoger la dirección contraria puede parecer una evasión. Casi siempre será, simplemente, sensatez.

Ignacio Vicens